

corriente en las costumbres y usanzas de los conquistadores aragoneses.

No bien acabó el juramento del rey á los vasallos, comenzó el de los vasallos al rey, que fué por tal manera: subiendo al tablado unos tras otros todos los arzobispos, y obispos, y abades, y todos los barones y ricoshombres, y allí jurando de guardarle el cuerpo y de ayudarle á mantener la tierra, el pueblo y los fueros. Y jurado esto, iban besando todos su mano en señal de obediencia y vasallaje.

Tal ceremonia se halla difusamente descrita en el manuscrito muzárabe que vamos siguiendo, con los nombres de los prelados, caballeros y diputados que se hallaron en ellas, y las riquezas y pompa que cada uno traía, y los colores y divisas de estos y aquellos, y otras tales menudencias, que ni son para tan exíguo librejo, ni mucho podrian importar á nuestros lectores.

No es de olvidar, sin embargo, que en los momentos de la jura de los brazos del reino, se soltaron por el techo de la iglesia multitud de papelicos de varios colores, donde se miraban escritas leyendas y trovas en el mal latin y peor romance que por entonces andaba en uso; costumbre esta de echar papelicos á la muchedumbre en fiestas de reyes no tan abandonada como debiera estarlo en nuestros dias.



CAPITULO II.

Donde se prosigue la materia del anterior, con un maravilloso suceso.

Por lo que no le respetan.
Por lo que le desacatan.

ROMANCERO.

Así como hubo fin la coronacion y jura, el rey y su comitiva se encaminaron á la puerta principal del templo.

Allí fueron de ver los empujones, amenazas, y carreras, y los gemidos y maldiciones, en los que los piadosos burgueses de Huesca prorumpian al sentirse magullados estos, pisoteados los otros, traídos de acá para allá entre las oleadas de la muchedumbre anhelosa por ver á la luz del dia al nuevo

rey, y por ponerse al paso de la solemne procesion con que la corte iba á encaminarse al alcázar.

Pero ¿á qué detenernos en estas cosas? A la verdad, los bullicios y algazaras no son de este ni de aquel tiempo, y si el buen muzárabe, que tanto cuidado ponía en contar estas cosas, resucitara en nuestros dias, habia de verlos tales que olvidase aquellos antiquísimos en que él se encontró por su persona.

Lo que acaso merece que se diga es que aquellos dos almogávares, Fortuñon el uno, Aznar el otro, así como lograron entrar en la catedral y ponerse en buen lugar para verlo todo cuando ya la iglesia andaba llena de gente, así tambien no bien se puso en marcha la comitiva real, salieron y se colocaron muy á su sabor en sitio donde pudieran estar presentes á cuanto aconteciera.

En el atrio de la catedral, que estaba plantada de álamos blancos muy altos, paró la procesion, y montaron á caballo el rey y sus caballeros, y luego tomaron todos juntos el camino del alcázar:

Iban primero diversos bailes y danzas de los oficios de la ciudad.

Detrás iban los bordonadores y tablajeros y justadores que habian de tomar parte en las fiestas de aquella tarde, montados en soberbios caballos con sus paramentos de oro y sedería.

A estos seguia el pendon real que traia en las manos don Miguel de Azlor, señor de Monzon, y de los principales del reino, y en pos de él asistian muchos caballeros y gentiles hombres de su casa.

Luego venia un gran castillo de madera donde iban ardiendo cinco cirios, el uno mayor que todos en medio y los otros cuatro en las esquinas.

Seguianse doce gentileshombres á pié con sendos blandones de cera ardiendo, y en ellos pintadas las armas reales.

Traia luego la espada del rey el almirante de Aragon don Sancho de Fontova, á quien acompañaban éste á un lado y aquel al otro dos ricoshombres de los mejores como en custodia.

Y por fin, llegó el rey don Ramiro vestido con la dalmática real, y el chapelete, y montado en un soberbio caballo blanco con paramentos de oro y terciopelo carmesí.

Cerraban la comitiva muchedumbre de barones y nobles, caballeros y escuderos, los síndicos y los jurados de las ciudades, y otros muchos hidalgos y gentileshombres; y por último, los arzobispos, obispos y abades del reino.

Pues cuenta la minuciosa crónica que seguimos, que de como vió llegar la procesion el buen Aznar el almogávar, comenzó á hablar con su compañero Fortuñon, que á fuer de viejo, bien conocia á todos los señores de la corte, demandándole el nombre, y condicion y empleo de cada cual de ellos.

—¿Quién es aquel viejo que va junto al que lleva la espada del rey? fué una de las preguntas.

—Aquel es, respondió Fortuñon, el buen Ferriz de Lizana; ¡qué decaído está!; Oh! si tú le hubieses conocido en sus buenos tiempos, allá cuando pe-

leamos en la llanura aquella, que ahora está á nuestra espalda, en la llanura del Alcoraz!

—Más es su cara de mal vasallo, que de buen soldado, Fortuñon; va mas soberbio que el rey. Mira con qué gesto clava sus ojos en los leales burgueses que se agolpan al paso del soberano.

—Siempre fué así Ferriz de Lizana; siempre se las disputó á los reyes en arrogancia.

—Bajárasela yo si lo fuera, dijo Aznar irritado.

—Tente, Aznar, hijo mio, tente; repuso Fortuñon. Eres ligero de cabeza, y eso ha de costarte mucha malaventura en esta vida.

—Malaventura! replicó Aznar; en tanto que yo tenga tales dardos en el cinto, y tal espada ande en mis manos, y haya montañas por donde correr, darásame una higa de todos los señores del mundo.

Y al decir esto el almogávar dió una patada en el suelo; chocaron sus armas unas contra otras, y dejaron oír un son siniestro que espantó á los pacíficos ciudadanos que cerca estaban; de suerte que instantáneamente se apartaron buen trecho.

—Miserables! murmuró Aznar sonriendo.

Pasados algunos instantes, tornó á preguntar á Fortuñon:

—¿Y cómo llaman á aquel otro infanzon que con tan poca reverencia viene al lado del rey hablando y riendo con los que le acompañan? Tiene el aire mofador é insolente.

—¿No le conoces, Aznar, respondió este? Pues no le hay mas conocido en todo Aragon; y tú mismo le acabas de ver y oír en la catedral, que él fué

quien tomó juramento al rey en nombre de los ricoshombres. Ese no es otro que Roldan, ricamente heredado en esas sierras de Guara; hijo de un noble y gentil caballero que murió peleando valientemente al lado del buen rey don Ramiro en la jornada de Graus, y descendiente de aquel otro Roldan tan famoso de quien habeis oído hablar en la montaña, que fué de los grandes capitanes de Carlo Magno. Témesese que sea el último de los de su casa.

—En buen hora lo sea; que tambien parece soberbio y mal vasallo, y por último pudiera contársese ya, si yo fuera el rey, ó el rey se guiara por mis consejos, que en verdad que fué insolente el juramento que le tomó, y mejor que prestarlo me pareciera á mí que hiciera volar su cabeza y las de todos sus iguales.

—No quieras mal á los nobles, Aznar, que ellos son la flor y amparo del reino.

—¿Ellos dices? ¡Voto vá! No hay mayor amparo para el rey de Aragon que sus fieles almogávares. Esos ricoshombres no pelean sino por ganar oro y estados, y vivir en soberbios castillos y alimentarse con buen venado y jabalí, mientras que nosotros damos de balde nuestra sangre y dormimos á la intemperie sobre los peñascos de la frontera de moros, y no tenemos que comer sino alguna pieza escapada de sus malditos cotos, y las insípidas yerbas que arrancamos todos los dias debajo de la escarcha y de la nieve.

Iba á proseguir Aznar en sus improperios contra

los ricoshombres, cuando sintió una gritería inmensa y un gran movimiento en la muchedumbre.

—¿Qué será? ¿qué no será? se preguntaban unos á otros los circustantes; mas sin aguardar la respuesta corrian estos por acá, por allá aquellos, y todo era confusion y algazara.

—; Que se mata! ; que se mata! gritaban unos con dolorido acento.

—; El Cogulla! ; el Cogulla! decian otros con risa. Y á cada instante se acrecentaba el tumulto.

Fortuñon y Aznar permanecian impávidos entre tanto, mirando con harta mas curiosidad que temor aquella escena.

Más de una vez al llegar cerca de ellos las oleadas de la muchedumbre, Aznar, como de menor guante que su camarada, las repelió violentamente con sus robustos brazos.

La procesion se miraba desbandada; caballeros y prelados habian abandonado sus puestos y corrian de acá para allá, antes aumentando que no calmando la ansiedad y el tumulto.

El rey no estaba en su lugar, ni podia atinarse al lejos qué habia sido de su persona.

Y el eco de aquel extraordinario suceso pasando de calle en calle, y de lugar en lugar, y haciéndose mayor y mas temeroso al paso que se alejaba del punto de su nacimiento, traia ya puesto á toda Huesca en asombro y miedo.

Un grito mas intenso, mas pavoroso que cuantos habian sonado hasta entonces, se oyó de repente en la plaza del alcázar.

Aznar y Fortuñon llegaron hasta allí, sin saber dónde iban, vagando al azar por entre el gentío, preguntando á todos, Fortuñon, cortesmente, con razones ásperas Aznar, sobre lo que pasaba; mas ni de una ni de otra suerte lograron respuesta.

Al oír aquel último grito, alzan entrambos los ojos y ven un soberbio caballo blanco, desbocado hácia el muro, el cual por aquella parte caia encima del Isuela, angosto y profundo y crecidísimo con las primeras lluvias del invierno. Pálido, descompuestos los cabellos, caido el chapelete, abierta y flotando al viento la dalmática real, mirábase sobre aquel caballo al rey don Ramiro, abrazado al cuello del indócil bruto, que iba regando el suelo con la blanca espuma de sus quijadas.

Saltaba rabioso el bruto; y ora se levantaba sobre las manos, ora se ponía sobre los piés, y luego recobrado seguia en su arrebatada carrera; mas el rey, tendido en tanto sobre la silla y abrazado á su cuello, no por eso le soltaba un punto.

Ya el animal, ciego de rabia, se dirigia á todo escape al borde del muro. A todo correr venian detras algunos caballeros; pero lejos de darle alcance, le estimulaban mas en la carrera; apartábanse los villanos á uno y otro lado, sin osar detenerlo, y no faltaba sino un instante para que se despeñase con su ginete en las turbias aguas del rio.

—Fortuñon, dijo en esto Aznar: ¿no ves qué cobardes ó qué torpes son todos estos ricoshombres?

—¡Pobre del rey! exclamó Fortuñon santiguándose.

—No mereces ser de los almogávares, repuso Aznar con mayor aplomo que hasta entonces hubiese hablado; y descolgando rápidamente de su cinturón uno de los dardos que traía, lo disparó contra el animal con tal acierto y fuerza tan poderosa, que le atravesó el vientre de parte á parte, de suerte que cayó en el suelo al borde del mismo muro, bañado en su propia sangre.

Y de como esto hizo el almogávar, cual si nada hubiera sucedido á su presencia, se cruzó tranquilamente de brazos.

Al ver á don Ramiro tendido todavía cuan largo era sobre el agonizante caballo, el temor y la sorpresa de muchos y el escarnio de los otros se reunieron en un punto, estallando de consuno en carcajadas y burlas. Los propios cortesanos al ayudarle á levantar dejaban escapar de sus labios la risa, y aun tal cual de ellos se atrevió á dirigir al asendereado monarca preguntas burlonas ó irónicas escusas de su desgracia.

—¡Que este hombre nos traigan por rey! decía el buen caballero García de Vidaura á Roldan.

—¿Por qué decís eso, amigo Vidaura? repuso el de Roldan. Porque es mal jinete? Harto bueno que lo fueran don Pedro y don Alonso, sus hermanos, y aun por eso nos quitaron cuanto habíamos ganado con nuestra buena maña, y se gobernaron solos el reino sin ayuda ni consejo nuestro.

—Ahora digo yo, buen Roldan, que lo acertáis, y tened por no hablado ni pensado lo que oísteis: ¿mas no me dejaréis reír á mi sabor de la caída de

tan desventurado jinete? ¡No sabe tener la brida en las manos!

—Reíos cuanto bien os plazca, Vidaura, que en eso no haceis mas que contentar el ánimo y en nada estorbais que se haga lo que sea razon, sirviendonos de estas y otras tales ignorancias del rey para lograr nuestros propósitos.

Y en tanto que así discurrían los ricoshombres, no faltaban pecheros y villanos que aquí, allí y acullá esclamasen en coro:

—¡Es un cogulla! ¡Es un carnicol! No, pues atended y veréis cómo él defiende la frontera de moros, nos libra de las usurpaciones de navarros y castellanos.

En esto el rey se miraba ya puesto de pié y rodeado de todos sus ricoshombres; mas por largo rato no hizo otra cosa que persignarse y rezar muy devotamente sus oraciones.

—¿A quién debo la vida? fué lo primero que preguntó luego; y el cronista asegura, aunque no sabemos cómo cosas tan íntimas pudo averiguarlas, que muchos del concurso, dejada la burla aparte, sintieron entonces en el alma no poder señalarse por tales.

—¿Quién disparó ese dardo tan en mi servicio?

—Ese dardo es de un almogávar, dijo al fin uno de los presentes. Conózcole por lo rudamente labrado que está.

Entonces todos los ojos se fijaron en dos almogávares que á poco trecho se mostraban, descollando entre la gente que los redeaba por lo alto y membrado de sus personas.

El rey mandó que los trajesen á su presencia.

—¿Quién de vosotros me ha salvado la vida? les preguntó.

—Fué mi camarada, señor; este mancebo que aquí veis, dijo Fortuñon, viendo que Aznar no respondía.

—¿Y cómo te llamas? repuso el rey dirigiéndose al joven almogávar.

Este nada contestó.

—Se llama Aznar Garcés, volvió á decir Fortuñon, y es hijo de García Aznar, que fué gran servidor del padre y hermanos de vuestra Alteza, el cual se halló entre los que trajeron á cuestras las peñas para labrar esa fortaleza de Mont-Aragon, y entre los que ganaron esta gran ciudad de Huesca, y últimamente estuvo tambien en la infausta jornada de Fraga, que Dios maldiga, y allí murió no lejos del glorioso don Alonso. Fué García Aznar de los mejores almogávares que hubo en nuestras montañas, y ahora nos ha dejado este hijo, que no le es desigual en prendas, para que le adotrínemos y adiestremos en el ejercicio de las armas.

—Páreceme, dijo el rey, que mas necesita de vuestro buen discurso, que de vuestras lecciones de armas; y que él es tal, que pudiera darlas al mas arriscado campeón de estos reinos. ¿Qué dices á esto, Aznar Garcés?

—Digo, señor, que no he hecho por vos sino lo que hiciera por cualquiera otro ginete que viera puesto en tanto riesgo.

¿Cómo! replicó el rey sorprendido. ¿No quieres

que agradezca el gran servicio que me has hecho?

—No quiero, repuso el almogávar, sino que en adelante me ponga vuestra Alteza donde haya de servir en mayores cosas.

—Leal pareces, dijo don Ramiro, y ojalá, añadió suspirando, que fueran cual tú todos los aragoneses.

Un pensamiento indefinible cruzó entonces por sus ojos y su frente, donde acaso parecían mezcladas amargura, y devocion, y remordimiento. Recobrándose, sin embargo, no mucho despues, continuó:

—Mira, Aznar, no dejes de acudir al alcázar, cuando bien te plazca: dí tu nombre, y al punto hallarás allí favor y amparo.

—Yo iré, dijo el almogávar, cuando convenga: y si no, no: que no gusto de pecar en importuno.

Y haciendo una reverencia, se apartó con su camarada largo trecho.

El rey, seguido de toda su corte, entró luego en el alcázar que allí frontero levantaba sus macizos torreones redondos y ochavados, con altas almenas y matacanes que escondian entre sus pardos peñascos los lindos ajimeces y las caladas claraboyas que dibujaran por placer los moros.

El gentío se fué poco á poco disipando hasta que la gran plaza del Alcázar quedó completamente desocupada, y todo Huesca tranquilo. Y al llegar á este punto, dice el cronista muzárabe, que el suceso del rey y la hazaña del almogávar sirvieron de tema por todo aquel día y no pocos de los siguientes á las conversaciones de los cultos oscenses y de los villanos de la comarca.